

De conjuros
y otras penas



ANGELA SLATTER

De conjuros
y otras penas

Traducción de

Rebeca Cardenoso Viña

Corrección de

Pilar Caballero



Título original: *Of sorrow and such*

© Angela Slatter, 2015

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Rebeca Cardenoso Viña, 2022

© de esta edición: Duermevela Ediciones, 2022

Calle Acebal y Rato, 3, 33205, Gijón

www.duermevelaediciones.es

Primera edición: octubre de 2022

Ilustración de la cubierta © Amagoia Agirre, 2022

Corrección: Pilar Caballero

Diseño e ilustraciones interiores: Almudena Martínez

ISBN: 978-84-125725-4-4

Depósito Legal: AS 02422-2022

Impresión: Solana e hijos Artes Gráficas S.A.

Printed in Spain — Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

~ÍNDICE~

De conjuros y otras penas

-9-

Agradecimientos

-139-

Nota de la autora

-141-

Las muchachas ciervo (relato)

-143-

Posfacio

por Lola Llatas

-145-

Capítulo uno



El Prado de Edda es un pueblo como cualquier otro, más pequeño que algunos, más grande que muchos.

No llega a ser una ciudad.

No es mejor ni peor. Algunos de sus habitantes son ricos, otros pobres, algunos son listos y otros más brutos que un arado, pero todos se ocupan de sus asuntos y suelen ser educados con sus semejantes. Los astutos y los estúpidos están presentes en todas las clases sociales.

La plaza del mercado está justo en el centro, y allí se venden productos frescos y otros que no lo son tanto. La bordean tiendas diversas (cuyos dueños viven en la planta de arriba) en las que adquirir artículos más permanentes y menos perecederos, el Ayuntamiento y la casa parroquial. Hay un gran óvalo donde no crece la hierba, aunque han pasado cerca de diez años desde la última quema. En la linde occidental del pueblo se encuentra una forja, una curtiduría al este, y casi todos los días sopla un viento que esparce el olor del pan y los

bollos de la panadería de Keil para tentar a sus habitantes. Los dos molinos de harina enmarcan el pueblo, el más reciente en el sur y el viejo al norte, este último parado desde hace casi dos décadas, cuando Karol Brautigan llevó a la ruina a Erika Strauss.

No hay murallas alrededor del pueblo, y el prado que perteneció a Edda ya es difícil de encontrar.

A veces me pregunto si Edda, tanto tiempo después, reconocería el lugar que lleva su nombre. Pero con más frecuencia me pregunto quién sería, otra mujer más desaparecida de los anales de la historia. A nadie se le ocurrió hacer alguna anotación sobre ella, mencionar si había logrado alguna gran hazaña o si simplemente era dueña del terreno antes de que en él brotara un pueblo que creció, prosperó y después creció todavía más. Las mujeres rara vez son recordadas una vez yacen bajo tierra; de hecho, muchas pasan desapercibidas cuando todavía la pisan.

El río Tey divide en dos el pueblo, pero, cada cuatrocientos metros más o menos, varios puentes con diversos grados de estabilidad y solidez cruzan su caudal para que nadie tenga que agotarse. Las casas a ambas orillas son una mezcla de hogares prósperos, de clase media y empobrecidos, aunque los más pobres se apiñan en pequeños guetos, mientras los más pudientes se extienden alrededor de estos en una especie de abrazo suelto, no demasiado cercano, pero casi protector. Mi casa, lo bastante buena para encajar pero no tan elegante como para despertar envidias, está en la linde norte, con vistas al antiguo molino y a suficiente distancia de mis vecinos como para no sentirme observada, que es lo que prefiero.

Si el ánimo acompaña, camina a la vera del Tey, pasa el molino nuevo, deambula entre las granjas que abastecen la ciudad de trigo, carne y otros cultivos. Continúa, atravesando

los prados salpicados de flores de todos los colores, hasta alcanzar una hilera de árboles. Adéntrate bajo sus ramas extendidas y no temas a las sombras, pues pronto llegarás a un claro soleado. El gran estanque que allí se halla se llama el Baño de Edda y el río se derrama en él y lo vacía, serpenteando hacia las profundidades del bosque. En las orillas del estanque crecen plantas útiles para mi trabajo, algunas curativas y otras dañinas, aunque estas últimas no se las vendo a nadie en el Prado de Edda; no soy ninguna estúpida.

No me hago pasar por médico (hay uno que viene todos los meses desde la gran ciudad que está tres pueblos más allá), pero yo vivo aquí y estoy disponible de día o de noche. Soy la persona a la que acuden las gentes de Edda a por sus remedios del día a día, incluso cuando el doctor Herbeau está pasando visita. Pero no me hago ilusiones: se me tolera. Si alguna vez un médico se digna a establecerse aquí, me convertiré en una fuente de vergüenza, un objeto de superstición y un recordatorio de que se han aferrado a las antiguas tradiciones. El médico escupirá palabras rimbombantes que no entenderán, los tratará con condescendencia y les recetará pastillas que les aliviarán un poco, pero que no los curarán. Ellos venerarán su hermetismo como un signo de superioridad definitivo y acudirán una y otra vez en busca de su *pericia*. Mi honestidad sobre lo que puedo y lo que no puedo hacer ya no será suficiente. No prometo milagros porque sé muy bien que la señora Fortuna tiene cierta afición a dejar como mentirosos a los bienintencionados. El médico, con su juramento vano, me arrebatará sus corazones y sus cabezas huecas, y ellos se olvidarán de las veces que salvé a sus hijos de una fiebre o les di a sus ancianos padres un bálsamo contra sus dolencias crónicas. Las mujeres preferirán olvidar que la «viuda» Paciencia Gideon (en su día Sykes, aunque no lo sepan) ayudó a que

sus vientres estériles fueran un poco más acogedores para la semilla de sus maridos, y esos mismos maridos negarán que fueron mis pociones las que hicieron posible que cumplieran con sus esposas.

Ya ha ocurrido antes y no me cabe duda de que volverá a ocurrir. Por ahora estoy cómoda y satisfecha, aunque siempre ojo avizor. Advierto a Gilly de que haga lo mismo, pero es demasiado joven y no ha recibido la bendición, o maldición, de un poder como el mío que le permita darse cuenta de lo rápido que pueden cambiar las cosas.

Bajo con cuidado la pendiente del Baño de Edda y me arrodillo en la orilla. A pesar de que el día es muy cálido, no puedo evitar estremecerme al hundir los brazos en el agua fría. Arranco puñados de la elodea que crece en el estanque. Mi invitada me la ha pedido, pero no conozco sus usos. Sus conocimientos son diferentes de los míos, le preguntaré cómo utilizarla y lo anotaré en el libro que guardo, envuelto y enterrado, en el sótano. Arranco un manojito, le sacudo el agua y lo pongo en mi cesta junto a la belladona y las setas, la angélica, la ruda, el beleño negro, la oca, el gordolobo, la corteza de sauce, la madre selva y el trébol de agua. Hubo un tiempo en que creí que no volvería a practicar la magia, pero habría sido más fácil dejar de respirar. Simplemente, ahora soy mucho más cuidadosa con lo que hago.

Mi reflejo flota en la superficie; no está nada mal. Acabo de pasar la frontera de los cincuenta, pero parezco más joven, con mis ojos verde claro, la piel aún luminosa y el pelo oscuro, todavía libre de canas. Tengo algunas arrugas finas alrededor de la boca y también en la frente, de esas que mi madre siempre afirmó que eran señal de inteligencia. Su propia frente era un laberinto de arrugas, pero no le bastó para evitar que

los hombres de Bosque Amargo la colgaran, o trataran de colgarla.

Miro más allá de mi reflejo, en las profundidades, utilizando el don que heredé de mi fallecido padre: la capacidad no solo de ver en la oscuridad como si fuera a plena luz del día, sino también de penetrar en la tierra y encontrar aquello que ha sido escondido. Localizo un bulto, envuelto muy apretado y hundido con piedras. Es pequeño, tan pequeño... Sospecho que se trata de un recién nacido, un bebé no deseado. Lo más seguro es que lo haya traído su madre. Imagino el olor de la leche materna agria, desaprovechada y cuajada. No merece la pena decírselo a nadie; querrían saber cómo lo descubrí, y la respuesta a esa pregunta solo conduciría a otras preguntas que es mejor no formular. Quienquiera que lo haya dejado ahí ya se estará atormentando lo suficiente. Además, ¿quién soy yo para juzgar a una mujer que deja un niño atrás?

Me levanto y subo hasta lo alto de la ladera. El crepúsculo acecha. Emito un silbido agudo y de inmediato escucho un choque en los matorrales a mi derecha en respuesta. Fenric viene brincando hacia mí, todo él espeso pelaje dorado, las patas de color caramelo y ojos de miel. Solo él parece inmune a los años, su devoción por mí permanece inalterable. Empuja su cabezota contra mi mano y poso la cesta en el suelo para poder acariciarlo a conciencia. De su pecho brota un profundo ronroneo, casi como si fuera un gato con traje de perro en lugar de lo que es en realidad.

Le echo una ojeada a los árboles, donde las sombras y las formas del bosque bailan y se mueven. A veces se enfocan con claridad, pero la mayoría del tiempo son difusas. Siluetas altas y bajas, adultos y niños. Estas criaturas no están confinadas en el bosque, pero parece ser su lugar preferido. Ya es hora de regresar a casa, antes de que se ponga el sol por completo.

¿Y si reconociera alguna de las sombras que flotan a la deriva entre los troncos de los árboles?

No tengo miedo, pero soy cuidadosa.

No puedo saber de cuántas de esas sombras soy responsable.

Recojo la cesta, le ordeno a Fenric que me siga y me dirijo de vuelta al Prado de Edda. Gilly pronto tendrá la cena lista.

Capítulo dos



Mi casa tiene tres pisos, incluyendo el desván, y un gran jardín en el que cultivo flores por placer y hierbas medicinales. Puede que sea demasiado grande solo para Gilly y para *mí*, pero de vez en cuando tenemos visitas y el espacio extra no viene mal. Fenric y yo nos detenemos al principio de nuestra calle, desde donde vemos no solo la casa y los manzanos que la guardan como centinelas tras la verja, sino también el molino viejo a lo lejos. Hay rumores de que está encantado, cosa que no me sorprendería.

Al acercarnos a casa, divisamos dos siluetas en el umbral. Gilly ha aprovechado mi ausencia para recibir a un pretendiente. No estoy en contra de la actividad en sí, más bien de su elección de compañero, eso sin mencionar que tenemos una invitada que debe permanecer oculta; confío en que siga en la habitación secreta del ático. Puedo distinguir a Beau Markham, el hijo del alcalde, no tan guapo como se cree, pero lo bastante para convencer a más de una joven atolondrada

de que se levante las faldas. Quiero algo mejor para Gilly, siempre lo he querido. Creí que sería más lista... pero veo que él se entretiene, cosa que no le he visto hacer antes en otras puertas, en otras partes de la ciudad. Siempre se aleja a paso rápido, tan campante, mientras una muchachita despeinada lo sigue con la mirada. Le dice «¿Te veré en el baile?» y él nunca contesta, excepto para soltar una risita cruel. Bueno, puede que mi niña sea lo bastante inteligente como para no abrirse de piernas.

Aun así, podría aspirar a muchísimo más.

Espero en las sombras entre dos casas y observo cómo Beau Markham se aparta de Gilly y echa a andar en mi dirección. Por su parte, ella no se demora como una tonta enamorada, sino que vuelve dentro. Bien. Fenric gruñe y le hago callar con suavidad. Cuando Beau llega a nuestra altura, le hablo.

—Buena tarde, señorito Markham.

Le veo dar un respingo mientras escanea el lugar con sus ojos casi violetas en busca del origen de la voz. Siento una punzada de lástima y salgo a donde pueda verme.

—Señora Gideon —dice, y se da unas palmaditas en el corazón, a modo de broma. No me engaña. Su mirada es seria; ha dado muestras de cobardía y no es algo que vaya a olvidar fácilmente—. Espero que se encuentre bien.

—Voy tirando. Veo que has visitado a mi Gilly —le contesto, y no le doy tiempo para explicaciones—. No permitiré que le hagan ningún daño.

—No haría nada que pudiera dañar a Gilly, señora Gideon —miente con la mayor soltura.

—Ah, pero eso no es cierto, Beau, y yo lo sé bien. —Me inclino hacia él y echo mi aliento ardiente sobre su rostro delicado—. Te he visto merodeando en otras puertas estos últimos años. Les he dado a más chicas de las que me gustaría

curas para las desgracias que plantaste en sus vientres y he ayudado a nacer a una docena de bastardos con los dulces ojos violeta de su papi, cuyas jóvenes madres tendrán muy difícil encontrar marido. ¿Y en cuanto al número de chicas que han venido a buscar bálsamos y ungüentos para aliviar los sarpullidos que les has contagiado con tu pito repugnante y purulento? ¡Tantas que he perdido la cuenta!

El chico intenta alejarse, pero Fenric se ha colocado justo detrás de él, así que tropieza y se cae de espaldas sobre mi robusto animalito. Beau está pálido bajo esta luz tenue. Me agacho y le clavo un rápido dedo bajo la barbilla, pinchando con una uña afilada el rollito de grasa incipiente, que crecerá cuando se haga mayor e imite los hábitos de su padre en cuanto a comida y bebida se refiere.

—Si te vuelvo a ver cerca de mi Gilly, si descubro que la han mancillado, que lleva un bastardo en su vientre o que tiene algún tipo de podredumbre entre las piernas, te juro, Beau Markham, que nadie encontrará tu cuerpo, porque mi lobo estará cagando tus restos durante una semana.

—¡Yo no la he tocado! —dice a gritos—. No me deja; me provoca, juega conmigo, pero no me deja tocarla.

—Y así es como va a seguir, ¿verdad? —Él asiente con la cabeza—. Atente a eso y seguiremos siendo amigos.

Le tiendo la mano y lo ayudo a incorporarse. Beau se sacude el polvo y Fenric esta vez gruñe más fuerte, haciendo huir al chico a la carrera.

Gilly se enfadará cuando se entere, pero es joven, se le pasará. Y luego está Sandor, que espera con paciencia a que se fije en él. Me sacudo la tentación de darle un empujoncito mágico; no sería justo y se convertiría en una de esas rarezas: un acto del que me avergonzaría.



Es bien pasada la medianoche cuando me despierta un repiqueteo en la puerta principal.

Salgo de la habitación dando tumbos y me encuentro a Gilly en el pasillo; parece tan nerviosa y agotada como me siento yo. Las buenas noticias nunca llegan de madrugada. Gilly baja las escaleras delante y se queda dudando ante el picaporte hasta que le digo:

—Abre.

Entra una mujer trastabillando, con el vestido azul pálido cubierto de barro y sangre, la cara blanca como la cera, los ojos abiertos como platos por el shock y el dolor. Tiene la muñeca derecha envuelta en una venda improvisada, sucia y empapada de sangre, y en la mano izquierda sostiene la derecha, que ya no está unida a la muñeca.

Gilly comprueba el exterior a toda velocidad y cierra la puerta. La mujer se bambolea, pero se mantiene en pie. Ninguna de las dos se acerca; esperamos.

—Ayudadme —dice con voz ronca—. Por favor.

Cualquier otro día se habría desangrado en el vestíbulo, ya que yo no puedo hacer nada para ayudarla. No tengo poder sobre esta clase de asuntos de vida o muerte e, incluso si pudiera contener una hemorragia así, mi magia no es de ese tipo. Tan solo habría podido disculparme mientras ella moría y esconder su cuerpo después, enterrarlo o quemarlo. Solo un estúpido acudiría al jefe de policía para informar de un fallecimiento como este; su primera pregunta, y la más importante, sería por qué acudió a *mí* en busca de ayuda. «¿Qué hay en ti para atraer a una mujer así?». Los rumores no tardarían en circular, porque no me cabe duda de que quien quiera que

haya hecho esto la pilló en una posición comprometida. Un jefe de policía, incluso uno tan espeso y tan predispuesto a mi favor como Haddon Maundy, podría establecer conexiones que no traerían nada bueno.

Es mejor que se la crea desaparecida e inocente y que se llore su pérdida. O que se piense que se ha dado a la fuga y se la odie como corresponde. Mejor eso que verme arrastrada con ella.

Pero esta noche, ¡oh, esta noche la fortuna de Flora Brautigan es inconmensurable! Esta noche *puedo* ayudarla.

—Gilly —digo—, despierta a Selke, rápido.